bè que era muerto su marido. No ay duda sino que sabria David que avia de ser buena nueva para ella, que à no serlo se la dilatara. Ivale en ello la vida, y la honra, porque en manifestandose mas el preñado, se probava el adulterio, y era fuerça morir apedreada. Por librarla destos riesgos, se abalançò David al desatino de hazer memoria à Vrias. Lindamente supo la señora dissimular la alegria, haziendo estremos sentidos, y derramando muchas lagrimas (como lo advierte bien Lyra) que vna muger llora quando quiere, y sabe engañar llorando. Cubriòse toda de luto, entapizòse la casa con bayetas, arrastrando xerga todos los criados, y en lugubres demonstraciones se hizieron las exequias. En tanto, pues, que duran estos lutos, serà bien que con algunos similes, y exemplos ponderemos los fracasos, y desdichas, que causan los adulterios, siendo la de Vrias pauta para todos.

CAPITULO XXVII.

EN QUE SE PONEN EXEMPLOS de algunos Reyes que hizieron matar à sus vassallos por gozar de sus mugeres.

EXEMPLO PRIMERO.

Autores desta historia.

Hector Boezio in hist. Scot. l. 9. Polidoro l. 3. hist. Angelice. Pineda in Monarc. l. 27. cap. 36. §. 2.

EN guerras muy sangrientas andavan los Ingleses, y Saxones por el año de 508. siendo Ambrosio Rey de Inglaterra, quando al llegar su muerte, que fue à los siete años de su reynado, se vieron en aquel Reyno prodigios espantosos. Apareciò vna cometa de hechura de vn Dragon, que despedia de si llamas encendidas, que embarcavan el ayre. En Londres los arboles que estavan secos, reverdecieron de repente, y los que estavan verdes, se secaron. En la Ciudad de Yorca, vna fuente que manava en medio de la Plaça echò raudales de sangre, que bañaron las plaças, y las calles. En Can-

cancio se oyò reir vna criatura en el materno vientre. El gran Magico Melin, que vivia entonces, pronosticò felicidades para el Reyno, las que parecian desdichas. En el passar presto la referida Cometa, dixo, que significava el reynado breve del difunto Rey Ambrosio, y que la forma del coronado Dragon significava à Vter, hermano de Ambrosio, que avia de coronarse por Rey; y la sangre mucha de Yorca era simbolo de la que avia de hazer verter à los Saxones, haziendo en ellos cruel carniceria. Muy alboroçado se quedò el Infante Vter con la declaracion de Merlin: los Grandes del Reyno al mismo tenor gozosos, con que sin mas dilacion le ciñeron la Corona, y le juraron vassallage. Tomò por Armas vn Dragon coronado de color azul, por cuyo respeto vino à llamarse despues Vterpendragon. Apenas empuñò el Cetro, quando llevado del baticinio juntò vn gruesso campo para romper con los Saxones. Saliòle mal la empresa, à causa de no ir èl à la jornada por estar convaleciente, y por fiar el baston à vn hombre de pocas obligaciones, porque era su familiar. Desacierto que les ha salido à la cara à muchos Reyes, porque se desazona mucho la nobleza de aver de obedecer à vn hombre de pocas partes. Sentidos, pues, los Capitanes Ingleses, en especial Glothois Principe de Cornualla, anduvieron en la batalla tan floxos, que dexandole la vitoria al Saxon, que era el Principe Oca, se retiraron vencidos. Fue tan notable esta perdida, que le obligò al Rey Inglès venir à medios de paz, y contentarse con qualquier partido.

En este estado se hallavan las cosas de Inglaterra, quando el Rey Vterpendragon, por cortejar à sus Grandes, la noche de Navidad, hizo vn magestuoso combite en su Palacio de Londres, en que quiso que se hallassen tan bien todas las señoras al lado de sus maridos. Cortejo harto peligroso, pues beldades, y en combites, solo pueden servir de hazer tropezar los ojos, y cautivar voluntades. Bien lo mostrò la experiencia, pues la hermosura de la muger de Glothois, que era vna linda Dama, y harto honesta, cautivò al Rey de tal modo, que sin poder resistir el amoroso incendio, de que se sintiò abrasarse, resolviò à pretenderla, y à gozarla. Tendio las redes, que en casos semejantes suelen servir de ançuelo à

vn Rey enamorado, que fue solicitar terceros, y valerse de criadas que manifestassen su designio al dueño de su cuydado. Las dadivas, y el poder todo lo avassallan. No faltaron solicitadores de su gusto; pero hallaron resistencia en el pecho femenil, que se abroquelò à lo Noble, y se hizo todo al honor. No fue esta señora tan tierna como nuestra Bersabè, que al primer embite entregò la fuerça à vn Rey. Quizà aun por esto la hizo el Cielo dichosa, pues el hijo que pariò, que fue el bastardo Arthur, vino à suceder en la Corona, al modo que el Salomon hijo de Bersabè sucediò en la Judea. Resistiòse al parecer la valerosa hembra, y temerosa que sus fuerças no bastassen para vn poder Real, lo hizo entender à su marido, ya fuesse diziendoselo à boca, ya dando traza que se hiziesse sabidor, que ay casos tales, en que aun no le està bien à vna muger dezirle à su marido que la solicitan, y mas quando el pretendiente es señor soberano, y assi es mucho mejor disponer modo con que el marido lo entienda, sin que los labios lo digan, ni lo pronuncien.

Advertido, pues, Clothois de lo que passava, abraçò por remedio mas suave huirse de la ocasion, y del peligro; y assi sin dar parte al Rey, ni despedirse, con el secreto que pudo levantò su casa, y caminò à sus Estados. Picòse tanto el Rey de la accion, si bien la ausencia de la hermosura le picava mas, quedandose por muy ofendido, arrancò à largas jornadas en su seguimiento con toda gente de guerra, que pudo juntar la prisa. Ayudòle à medida de su gusto la fortuna, pues aviendole alcançado, le quitò à la muger, que era lo que queria. Assesò su enojo à vista de la beldad, y tanto la solicitò amante, tanto la agassajò rendido, que la atraxo à su gusto, hasta hazerse dueño della. Triunfo enfin de la que blasonò de constante, y à pocos meses se sintiò preñada. Diòle al Rey algun cuydado, bien como à nuestro David, temiendo los rigores de vn marido ofendido; y assi por quitarse de à cuestas tal padrastro, procurò con mas esfuerços aver en su poder à Glothois. Acorralole en vna fortaleza, y apretò el cerco de modo, que tuvo por medio el Principe infeliz ponerse en sus manos. Pusole el Rey en prisiones, y hizole causa, acomulandole aver sido traydor, quando en la primer batalla no quiso pelear, y huyò de el exercito; achaques todos para echar capa à la causa de su amor, que le movia. Enfin, con esta informacion buena, ò mala le sentenciò à degollar, para poder sin zozobra gozar de sus amores. No piensen que es David solo quien vsò deste rigor, que tambien Reyes Christianos le han seguido las huellas. Al modo que el buen Vrias, aunque con mas afrenta, acabò el Principe de Cornualla, sirviendole de causa, y de delito tener muger hermosa: para que este advertido qualquier hombre prudente, que goza desta dicha, del riesgo, y de la pension que està sobre su cabeça amenaçada.

EXEMPLO SEGUNDO.

POR los años de 959. començò à reynar en Inglaterra Edgaro, padre que fue de Eduardo, vno de los mejores Reyes que tuvo aquella Isla, y à quien todas las historias llaman santo. Fue Edgaro tan bien buen Rey, pues aunque tuvo sus desmanes, supo como otro David curarlos con penitencias. Viudo se hallava de la Reyna Elfreda, que fue la que le pariò al Principe Eduardo, quando por hallarse moço quiso bolver à casarse. Tuvo noticias de Alfreda, hija del Duque de Cornualla, cuya beldad, y hermosura à vozes de la fama campava por toda Europa. Enamorose el Rey de solo oirla alabar, y incitòle el deseo à si era como se la pintavan procurarla por muger. Descubriò su pecho à vn Cavallero muy amigo suyo llamado Etelvoldo, y mandole, que con todo secreto en son de que iba à otra cosa, fuesse à Cornualla, y viesse à la hermosa Alfreda, y le desengañasse si correspondia el original à la pintura; y si era tan divina como aclamava la fama. Partiòse, pues, Etelvoldo à la Corte del Duque, fingiendo el achaque, que le previno su industria; y hallando el agassajo, y hospedage devido à su persona, fue haziendo la inquisicion, que le mandava el cuydado. Viò muy à su salvo à Alfreda; hablola, y visitola muchas vezes, con la decencia, y recato devido à tan gran señora, y dandole esta licencia los privilegios de huesped, y de valido del Rey. Pareciòle à Etelvoldo tan hermosa, cautivose tanto al verla, que herido de sus amores, ya no procurava dar avisos

Autores desta historia. Polidoro in histor. Angel. lib. 6. Pineda in Monarch. l. 28. c. 12. §. 1.

sos al Rey que le enamorassen, sino buscar remedios que le divirtiessen. Quiso en fin curar antes su dolencia, que ser tercero del Rey, alabandole la Dama. No anduvo leal en esto, y assi les saliò à los rostros, como veremos despues.

Aviendo Etelvoldo dado muestras à Alfreda de su aficion, y ella, que no era muy dura, mostrandose agradecida, haziendo al despedirse aquellos estremos, que dos que se miran bien, dàn à los ojos, despedido del Duque, se bolviò à Londres à darle cuenta à su Rey de la embaxada. Hizole vn informe como de quien quiere para si la joya, que otro codicia. Entròse, pues, con el Rey allà al secreto, y con el dissimulo que queria el caso, y con el desahogo, y despejo de quien trata de engañar, le dixo al Rey, que siempre la fama, y mas en engrandecer bellezas, pone mucho de su casa, haziendo con exageraciones, que se represente à la idea beldad divina la que desmenuzada, y vista sin passion, apenas es hermosa, y que assi la hija del Duque, la celebrada Alfreda era bonita assi assi, y no mostruo de beldad como la hazian, que avia en Inglaterra damas, y señoras con tantas mas ventajas, y con mas lindos aliños de que poder echar mano, que à aver èl de escoger, quedara desempeñado. Que su Magestad lo mirasse bien, y que para hazer Reyna, avia en Londres hartas hermosuras. Con estas, y semejantes palabras supo Etelvoldo disuadir al Rey, y hazer su negocio de tal manera, que se quedò Edgaro tan elevado en el amor, como sino huviera oido nunca la fama de tal dama. Cosa muy contingente en los que se enamoran de oidas, pues vence siempre el informe de quien se tiene mayor satisfacion, y confiança.

Aviendose, pues, passado algun tiempo, y pareciendole à Etelvoldo, que ya el Rey de todo punto avia borrado de la idea las memorias de Alfreda, prevenido de la maña necessaria al intento, y esperando ocasion oportuna, le pidiò al Rey por merced le diesse licencia para demandar al Duque por esposa à su hija Alfreda, pues para èl, y para muger propria le bastava lo hermosa que le avia parecido; demas, que por lo calificado de su casa le estava muy à cuento. Muchas vezes llevo repetido en mis escritos, que es muy facil de engañar vn pecho noble; y assi no repare el malicioso en la bondad deste Rey, sobre no espinarse, de que su valido pretendiesse para si la misma muger, que para en quanto à èl avia desdeñado, porque como el Rey procedia sincero, y se confiava como de vn amigo, mal podia maliciar la doblez, y la cautela, y mas quando la pretension llevava el rebozo de las otras conveniencias de ser Alfreda hija de vn tan gran Duque como el de Cornualla. El mas discursivo juzgarà en este caso, que era el interès, y la grandeza la que obligava à Etelvoldo, y no la hermosura de la contraveyente. Engañado, pues, el Rey à lo de noble, vino muy bien en que casasse su amigo con Alfreda, y para ello interpuso con el Duque su autoridad, su gusto, y aun su mandato. Vino bien el Duque en el casamiento, por mas que le punçava la desigualdad del nobio; mas las creces de vn Privado, siempre suplen mucho de grandeza. Ajustaronse en fin los desposorios, y celebraronse las bodas en Cornualla con la ostentacion devida. Alfreda, que como se via hermosa, no la pesava que todos la vieran, mostrose ansiosa por ir à la Corte, pareciendole quizà, que con su belleza avia de ser la que arrastrasse admiraciones comunes. Llevola, pues, su marido, no con intencion que hiziesse aquellos alardes, antes si previniendola recatos; pero ella con la libertad de casada, con el imperio de señora, y con la confiança de querida, guardò muy mal las liciones de recatar de ser vista. Tornò avivarse la fama de su hermosura, hasta llegar à los oìdos de el Rey, el qual con nuevos deseos procurò hazer experiencia, y ver por sus mismos ojos si era Alfreda tan hermosa. Dixoselo à Etelvoldo con aquella llaneza que suele vn Rey à Privado. Quedòse Etelvoldo turbado, y confuso, adivinando los riesgos, que se le amenaçavan de su solapado engaño. Dissimulò su pena lo possible, y yendose à su muger, procurò con caricias que ella le desempeñasse, diziendola los deseos del Rey, y el peligro, que le corria de hazerle mentiroso, y que seria el remedio de entrambos ir ella à la presencia de el Rey lo mas desaliñada, y con los menos asseos que pudiesse. No ay muger que no quiera ser tenida por hermosa, aunque no lo sea. Miren, pues, siendo Alfreda tanto, como queria parecer sea à vista de vn Rey. En vez de dissimulos, se aliñò con mas asseos, quando

do fue à las vistas, dexando al Rey tan embelesado, tan cautivo, y tan muerto por su amor, que en el pecho, y en el rostro se viò al punto la dolencia.

No ay materia ninguna en que no sienta vn Rey que le traten con engaño. En materias, pues, de amor, y en aquellas cosas, que la voluntad codicia, que dolor, y sentimiento avrà que se iguale, y mas quando la burla nace de vn amigo? Sentido, pues, Edgaro de ver, que su valido le huviesse tratado con doblez, y buscado para si la dama, que èl avia pretendido, procurò despicarse à ley de poderoso. El amor que avia cobrado à Alfreda, le avivava la pesadumbre, y le incitava à qualquier demasia. Ver que él la avia querido primero para su muger, le quitava escrupulos, y le dava esfuerços. Verse Rey, y enamorado, arrostrava à todo lance. Enfin despues de discursos muchos, ciego à la razon, y atento à su apetito, se resolviò à gozar à Alfreda, y darla su Corona. La señora, que al modo que Bersabè no deviò de hazerse mucho de rogar, tuvo por buen partido hallarse Reyna, por mas que las obligaciones de vn marido lo contradixessen. Con todo temiò el Rey al modo que David, embaraçarse con aquel padrastro delante, y assi, por mas que la razon se lo reñia, diò traza con que matar à Etelvoldo, y gozar à Alfreda libre. Executòse el rigor con la lastima comun de los que llegaron à entender la causa. Muerto assi el marido, se desposò el Rey con Alfreda, sin darla lugar à lagrimas, y lutos, si bien suelen servir de gala en quien ha sido traydora, y llora fingida. El Santo Dunstano, Arçobispo de Londres, no obstante que le devia al Rey averle dado aquella Mitra, y revocadole del destierro en que le tuvo el Rey Eduino su antecessor, quando entendiò la maldad, y juntamente otros excessos sacrilegos, movido del zelo Pastoral, se fue al Rey, y le reprehendiò con tanta severidad, que el Rey compungido, se le echò à los pies, y le pidiò penitencia. Diòsela el Santo, mandandole, que en siete años no se pusiesse Corona, y que ayunasse dos dias cada semana, y hiziesse limosnas muchas. Supo este Rey, y ya que imitò à nuestro David en el pecado, y delito de matar al vassallo por gozar de la muger, imitarle tambien en la penitencia, con que diò exemplo notable, y acabò feliz su vida.

CAPITULO XXVIII.

DE ALGUNAS SEñORAS, QUE por ser livianas, al modo que Bersabè, fueron causa que muriessen sus maridos.

EXEMPLO PRIMERO.

MUY poderoso se hallava el Rey Alboyno, quando con sus Lombardos entrò en Italia en tiempo de el Emperador Justino, por el año de quinientos setenta y dos de el Nacimiento de Christo. Baxò desde Vngria, llamado del Capitan Narses, que por despicarse de la afrenta, que le avia hecho la Emperatriz Sophia, que era la que mandava el Imperio, le hizo brindis con la Italia, bien assi como el Conde Don Julian, quando por despicar la afrenta del Rey Rodrigo, traxo à España al Africano. Avia Alboyno quando ganò à Milan, que hizo Corte suya, y Cabeça de aquella Corona, casado segunda vez con Rosimunda, hija de Comundo Rey de los Gepidas, à quien venciò, y matò en batalla campal. La hermosura desta Infanta se hizo tanto lugar en su pecho, que apenas se viò viudo de Clotosinda, hija de Clotario Rey Francès, quando se desposò con ella, y la puso su Corona. Tuvo este Rey vn gusto el mas estremado, y barbaro, que aun entre Araucos crueles puede hallarse escrito, y es, que traìa consigo la calavera de el Rey Domundo, padre de Rosimunda, muy engastada en oro, para beber con ella en las solemnidades mas festivas. Sucediò, pues, que hallandose en Verona, celebrando con sus Grandes vn magestuoso combite, en que tambien assistia la Reyna, tomò su estimada copa, que era el casco de su suegro, y enemigo, y dixole à su muger, brindandola, que bebiesse: *Toma Rosimunda, y bebe con esta taza, que con su padre bebes.* Bebiò la Reyna,

Autores desta historia. S. Anton. 2. p. tit. 11. c. 6. §. 1. Christ. Marseus li. 13. in Chronicon. Sigiberto in Chronicon Pau. Emil. lib. 1. Ioan. Magn lib. 8. c. 192 Pined. in Monarch. 3 p. l. 17. c. 2.